

# MAMARRACHOS

Administración: Plaza de Tetuán, 26.-BARCELONA



-Caballero: ¿por qué me repite usted siempre que me ama y ya sabe que yo no le hago caso?  
-¿Acaso no nos han dicho, amaos los unos á los otros?  
-Sí, señor, ¡pero no los unos á las otras!

Precio: 10 céntimos



## DE TODO UN POCO

—Diez y seis muchachos,—dice el maestro de aritmética,—fueron á bañarse al río. Pero á cinco de ellos sus mamás les prohibieron que entraran en el agua. ¿Cuántos fueron, entonces, los que se bañaron?

—Diez y seis,—contestaron en coro los discípulos.

—Quise á Simona enfadar, y la apellidé «bribona» y algo más; pero Simona no se quiso incomodar.

No pudiendo sus enojos excitar de otra manera, «fea», la dije... ¡Ay, qué fiera! casi me arrancó los ojos.

—La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso.

—En un baile:

—Confiesa que si te casas con la condesa, es porque tiene dos millones de dote.

—No lo creas. Me caso con ella por amor. Aunque no tuviera más que un millón, haría lo mismo.

—¿Por qué la Nemesia entrar se la ve tanto en la Iglesia?

—Porque junto á cierto altar la da cita un militar.

—¡Qué devota es la Nemesia!

—Una dama muy delgada dijo á su amante enfadada:

—¡Voy á morir de despecho!... y él le contestó: —Es un hecho: está usted muy despechada.

—Al confesarse contrito un banquero muy obeso, con mucha prudencia y seso le preguntó fray Benito:

—Dime, infeliz, ¿por qué robas? Y él respondía sin ganas:

—Padre, flaquezas humanas,—

¡Y pesaba doce arrobas!

—Hace tres meses que no veo el sol.

—¿Padece usted de la vista?

—No, señor; es que me levanto á las ocho de la noche.

Poco de amor suspira quien ama y duerme, que al sueño los pesares destierran siempre.

Quien duerme y ama tiene amor en la boca, mas no en el alma.

### A UNA INGRATA

A tu promesa, infiel fuiste, por lo tanto te olvidé, aunque eterno amor juré tenerte cual me tuviste.

Pues que me quisiste es cierto, aunque burlarme pretendes; si en tu pecho amor enciendes... lo que es para mí ya has muerto.

### CUENTO

Un portugués de buen cuño dió en la calle un tropezón: cayóse, y se hizo un chichón contra un canto como un puño: en su cólera valiente, por tomar venganza, airado tiró á la piedra un bocado y se quedó sin un diente; y luego con gran aplomo, dijo, reparando en ello:

—Si eres más dura me estrello si eres más blanda, te como.

—Entre marido y mujer:

—¿Qué estás leyendo en ese periódico, Julián?

—¡Nada; tonterías!...

—Valdria más que hablaras conmigo.

—Te diré; las tonterías impresas no me hacen tan mal efecto, como las habladas.



### SATISFACCION

—Vengo de pelearme con mi suegra. ¡En qué estado la he dejado!

# MARRÓN GLACÉ

No voy á dar, á los lectores, la castaña, ni helada, ni asada, ni de ninguna manera.

Los hechos que paso á referir, son absolutamente verídicos, y aún habrá, entre los antiguos empleados de la villa y corte, quienes conserven recuerdo de aquellos.

*Marrón Glacé* era un célebre alcalde de \*\*\*, que se llamaba Ramón Galcerán.

Pero, el buen hombre, llamémosle así, recordando, con el poeta epigramático que

«Siempre es bueno hacer favor»,

el buen hombre, digo, era tan iletrado que, en vez de firmar como lo hubiera debido hacer, los oficios dirigidos al ministro, ponía, al pie de ellos, en letras tan grandes como irregulares:

*Marrón Galcerán*

Los guasones del ministerio, le suprimieron las tres últimas letras y resultó el apodo con que allí y, luego, en su mismo pueblo, se le conocía.

*Marrón Glacé* que ignora á que artes debió su elevación, era más bruto que un cerrojo y más déspota que bruto.

No admitía objeciones, ni observaciones, ni correcciones de nadie, y había botado del Ayuntamiento á dos ó tres secretarios que pretendían emendarle la plana y oponerse á sus arbitrariedades.



—Entonces, no obtendré nunca de usted una sonrisa, un flechazo, una saeta de amor...

—La Saeta, aquí la tiene usted por diez céntimos.



No aseguraré yo que fuese él quien al tratarse de una quinta próxima, como alguien le preguntase si su hijo tenía ya la edad reglamentaria, repuso:

—¡No, señor! ¡Ni la tendrá mientras yo sea alcalde!

Pero si puedo afirmar que tenía frescura suficiente para dar esa y otras contestaciones por el estilo.

\*\*\*

Tampoco me permitiré sostener que *Marrón Glacé* dijese nunca, como el del cuento, al secretario, cuando éste sumando murmuraba:

—¡Veintinueve... y llevo dos!... ¡Treinta y cinco... y llevo tres! etc.

—¡Pues yo, llevo otros dos y otros tres y el doble más, que, para eso, soy la primera autoridad!

Mas tengan ustedes la seguridad de que no había cuentas tan embrolladas como las suyas, en toda la nación.

¡Suerte, (para él), que, por entonces el *Tribunal de Cuentas* andaba algo bastante atrasado en el exámen de éstas, pues, de no ser así, las del pueblo que me refiero habrían llevado más repasos que un edificio viejo.

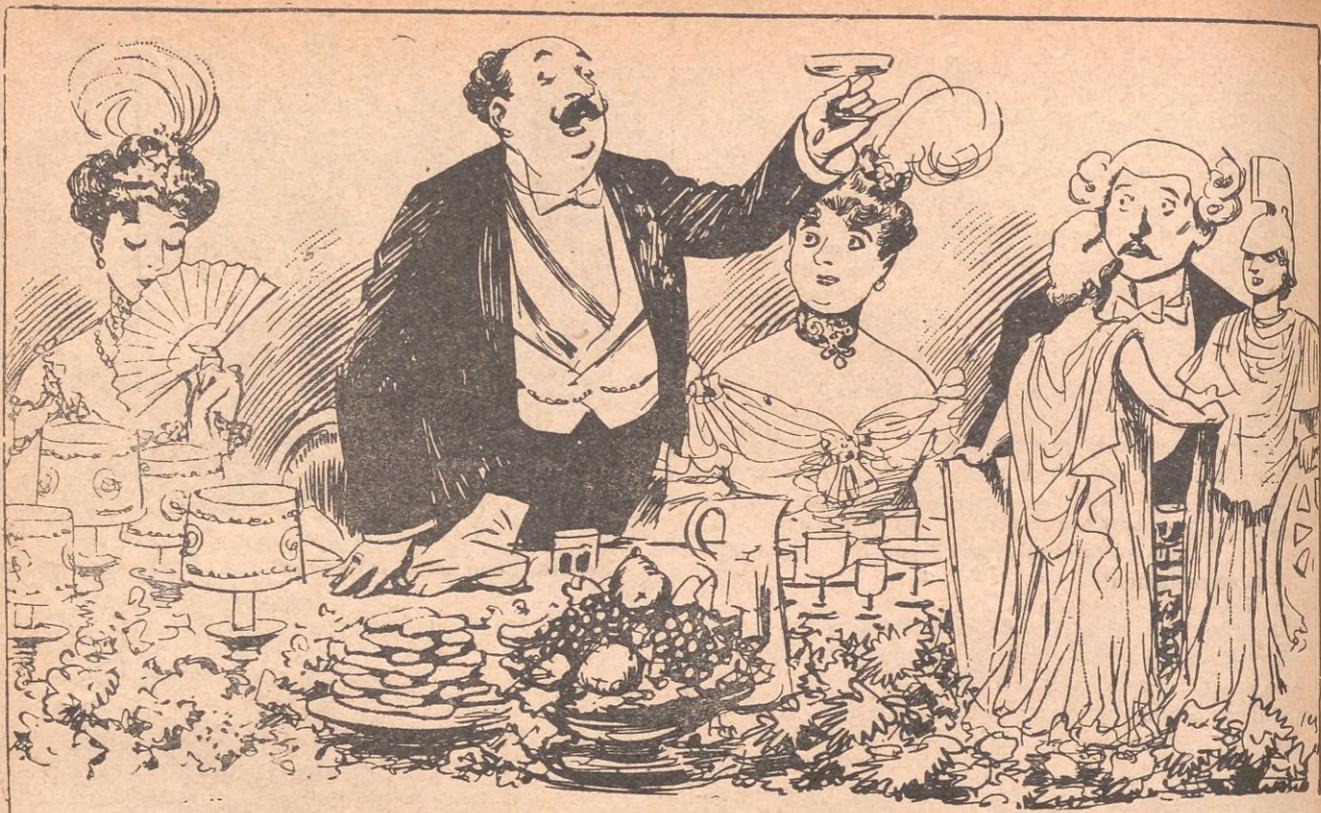
Pero como ya es proverbial, en nuestro país, no hacer nunca las cosas á tiempo, el hombre tuvo tiempo de morir y... ¡adivina quién te dió!... ó reclama á Poncio Pilatos, únicos recursos que quedan para arreglar esos y otros no pocos desafueros.

\*\*\*

*Marrón Glacé* no era de los que se andaban en chiquitas, ni se paraba en barras.

—Mi marido me ha mandado un telegrama del todo deshilvanado.

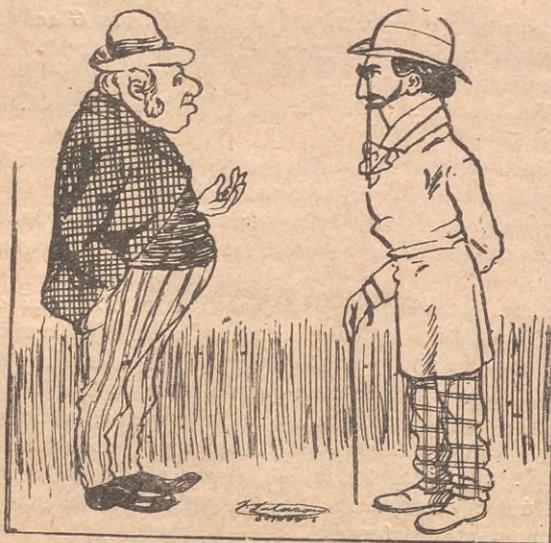
—Lo habrá enviado por la telegrafía sin hilos.



— ¡Señores y caballeros! Brindo á la unión de la Belleza y de la Fuerza y para que un mismo sentimiento anime á todos los miembros de nuestra Sociedad.

Tratose de hacer el trazado de un ramal de ferrocarril que debia pasar por el término de un pueblo inmediato, donde abundaban los terrenos baldíos y con poco gasto se habria logrado el fin de unir dos vías férreas imper-  
tantes.

Pero *Marrón Glacé* se dijo que, él tenia, en su pueblo,



#### BUEN PRECIO

—Pues el otro día compré para cenar tres kilos de sal-  
chichón, un queso y medio jamón.

—¿Y cuánto te costó todo?

—Pues todo... ¡una indigestión!

un campo improductivo y que, si se lo expropiasen, le seria pagado á peso de oro.

Y cogiendo la pluma, largó una carta al ministro de la Gobernación, recordándole los servicios electorales que siempre habia prestado y añadiendo:

«Me parece, pues, Excelentísimo Señor, que merezco un ramal, mejor que mi colega, del pueblo inmediato, quién siempre pierde las votaciones.»

Y el ministro, trasladó la petición al de Fomento, que conmovido ante tamaña razón, puso al margen de la carta:

«¡Que le pongan á este alcalde, el ramal que, con tanta justicia solicita!»

Así consiguió tres cosas:

Hacer una chirigota.

Cometer una injusticia.

Y fastidiar á la Compañía y al público, obligando á dar á la vía férrea un rodeo innecesario.

¡Ah! También logró acentuar más la enemistad entre el pueblo injustamente desairado y el pueblo injustamente favorecido, pues estos y no otros son los frutos de la arbitrariedad, aquí y en todas partes.

\* \* \*

El reparto de la contribución era de lo más delicioso del mundo.

Si, *Marrón Glacé*, tenia que habérselas con un secretario que, sabiendo su obligación y deseando cumplirla, tomaba datos, consultaba antecedentes etc., el alcalde, después de dejarle que se marease dos ó tres días, tomando notas y haciendo cifras, una mañana, le llamaba á su despacho y le decia:

—Coja usted una hoja de papel, siéntese ahí y escriba.  
 —¿Qué vamos á hacer?—preguntaba el Secretario.  
 —¡Toma! ¡El reparto del cupo!  
 —En él me estoy ocupando hace días... pero, los datos, están tan embrollados...  
 —¡Claro! Usted es nuevo y no conoce esto. Haga usted lo que yo le digo y acabaremos en un momento.  
 ¡Ya lo creo que acababan!  
 ¡Como que el procedimiento, no podía ser más sencillo!  
 ¿Se trataba de amigos, particulares ó políticos del alcalde, de parientes ó protegidos de éste?  
 ¡Pues se les ponía una cifra irrisoria, por lo bajo!  
 ¿Eran, por lo contrario, enemigos, bajo uno ú otro conceptos, ó sencillamente personas que no se metían en honduras?  
 ¡Pues duro en ellos!  
 ¡Las cuotas resultaban irritantes por lo elevadas!  
 —¡Pero estas gentes reclamarán!—decía el secretario.  
 —¡Que reclamen!  
 —¡Y harán que se eche á abajo el reparto y que nos den un varapalo!  
 —En tantos años como hace que soy alcalde, aún no he recibido ninguno... Conque ¡adelante con los faroles!  
 ¡Y lo peor es que tenía razón!

\* \* \*

Así iba nuestro hombre, completamente á gusto, en el machito, haciendo su endiablada, que no santa voluntad y redondeando su fortuna, y así esperaba terminar sus días, ejerciendo el cargo, y hacerse enterrar con vara.

Es muy posible que se hubiera salido con la suya; pero se equivocó, de medio á medio.

Lo que no habían logrado sus injusticias, sus atropellos, su nulidad, lo consiguió una chirigota.

—Así va el mundo, *bimba mía*... que dijo el otro.

He aquí el caso, y conste que no me refiero á otro, absolutamente igual, ocurrido allá por los años de 1869.

¡La historia se repite y yo no tengo la culpa de eso!

Pero basta de digresiones.

Ello fué que llegó el día de un eclipse total de sol, visible por completo, en el pueblo de \*\*\*.

El alcalde, que no recordaba haber visto cosa semejante, en todos los días de su vida, cuando el cielo, tomó mal aspecto, comenzó á desazonarse.

Cuando oscureció, estuvo á punto de tener un ataque de nervios, ni más ni menos que una damisela... ¡él que era un barbarote de tomo y lomo!

Y al cubrir las tinieblas el firmamento, *Marrón Glaeé* corrió desatentado, al telégrafo y puso al ministro, el siguiente parte:

«Son las doce del día y se ha hecho de noche. ¿Qué debo hacer?»

El ministro, recordando á Rivero, en el otro caso á que más arriba me he referido, pero ganándole en laconismo, contestó:

«¡Dimitir!»

¡Y no hubo remedio! *Marrón Glaeé* tuvo que soltar la vara... y poco después, se murió del disgusto.

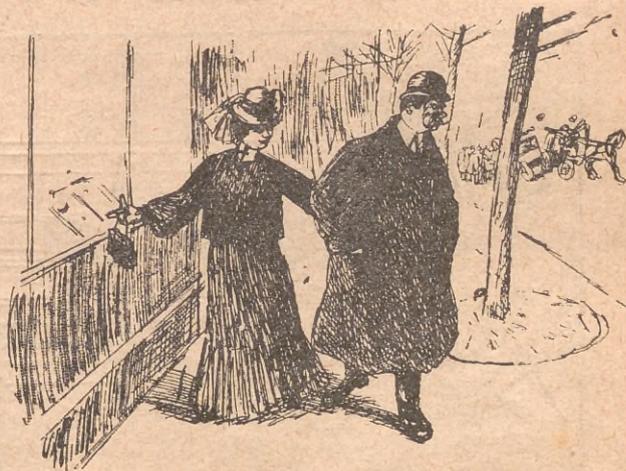
N. D.



—Señora, tiene usted la lengua muy sucia! ¿qué hace usted?  
 —Doctor, soy portera.  
 —Entonces, no me extraña.



—¡Que debe pensar ahora mi mujer! ¡Cómo desearía ser mosca para verme!



#### TENTACION

—¡Mira Luis que hermosa sortija!  
 —Vámonos pronto de aquí, estamos demasiado expuestos al sol.

La amo poco, es verdad. Mi alma rendida,  
 ¿á quién dirás que adora?  
 á la muerte, la sola poseedora  
 de todos los descansos de la vida.

## LA RECLAMACIÓN DE D. PLÁCIDO

Hubo un momento de estupor entre los empleados del despacho en la dirección de los ferrocarriles aéreos, cuando supieron que no se les había acordado gratificación alguna con motivo del año nuevo. Los interesados se miraron significativamente, y, de todos ellos, salió un grito de indignación contra los ingenieros.



### PRECAUCION

—¿Qué precio tiene el cuarto desalquilado?  
—No sirve para usted.  
—¿Por qué?  
—Porque es usted muy viejo y el casero no quiere que se muera nadie en la casa.

Todos fijaron la mirada en D. Plácido, expedicionario principal que desmentía su nombre, pues le caracterizaba su impetuoso carácter, colérico y violento por exceso. Una crónica enfermedad del estómago, ejercía sobre su humor constante y desagradable influencia.

Luego el lento y anormal ascenso en la compañía de ferrocarriles aéreos, acabaron en poner en ebullición su bilis. Desde las nueve á las doce, desde las dos á las seis, D. Plácido no cesaba de gemir y apostrofar.

La vida era insoportable, su jefe un bandido, la administración una galera... ¡Ah! Si lo hubiera sabido no habría entrado en aquella cruel compañía. En fin; al cabo de cinco años tendría derecho al retiro.

¡Con cuánto gozo partiría! ¡Con que gusto escupiría al rostro de sus jefes, su odio y las humillaciones soportadas durante veinticinco años de servilismo!

En espera de ese feliz día de revancha y gloria, cuando su jefe aparecía se cimbreaaba sobre el papel, para persuadirle de la realidad de su trabajo.

No obstante, desde hacía algunos días, Plácido, no ponía mella, á sus transportes de indignación. Le habían prometido 300 pesetas de aumento, que lo debía á la protección del presidente del consejo administrativo.

Y, sobre todo, lo debía á su perseverancia personal, su ingeniosidad.

¡Pues sabía crearse relaciones y aprovechar de ellas! Se hizo imponer á «los señores ingenieros».

Y en honor al próximo aumento, había ofrecido á sus colegas variadas consumaciones.

A las miradas fijas en su persona, D. Plácido tuvo el sentimiento de su importancia, comprendiendo que esperaban de él algo terrible; manifestación de protesta.

Rojo de ira, levantó los puños al invisible enemigo gritando:

—¡Banda de granujas!

Sin duda, no fué impresionado el auditorio, puesto que todos asaltaron á D. Plácido con dimes y diretes y pesadas guasas.

D. Plácido dominó el tumulto:

—Ni siquiera reclamarás,—le dijo uno de los empleados.

—Aquí charlas mucho y armas gran ruido. Pero si estuvieses frente á un ingeniero no despegarías los labios.

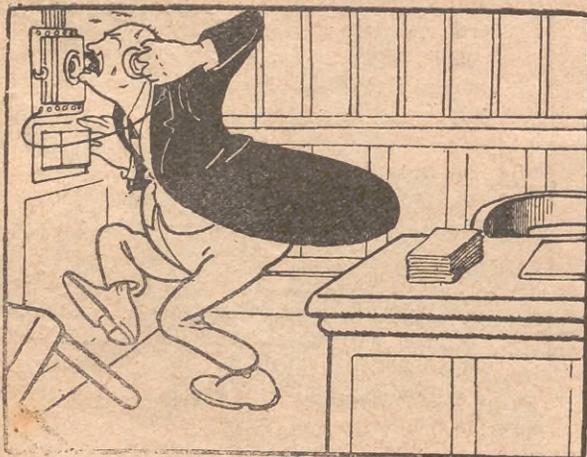
Fué necesario que se interpusieran, D. Plácido se precipitaba sobre su colega.

—Pues para que lo sepan ustedes,—exclamó D. Plácido,—iré al despacho del director de la compañía y le diré... ¡lo que tengo que decirle!

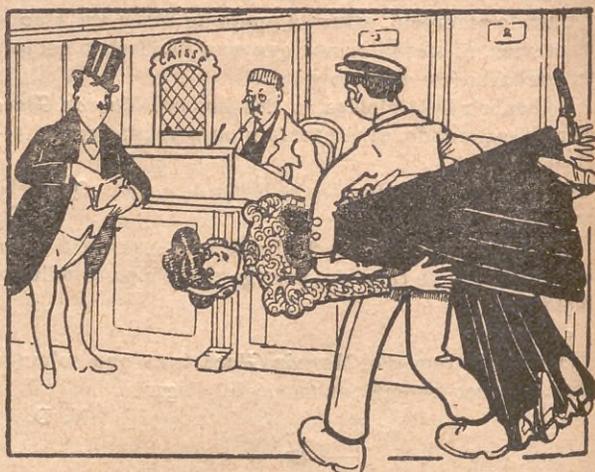
—¡No harás eso!

—¿Qué no? ¿Quién me lo impedirá?

## BUENA INNOVACIÓN



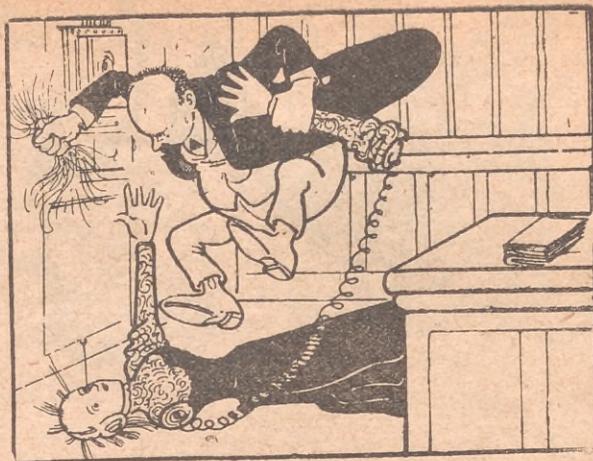
Nada es tan terrible como una conferencia telefónica, nada tan espantoso para el abonado como permanecer resignado, sin poder desahogar su legítima cólera.



La Administración de teléfonos, siempre atenta á la comodidad de sus abonados, con un ligero aumento, todo abonado puede proporcionarse una muñeca automática que representa á la señorita telefonista encargada de su servicio.



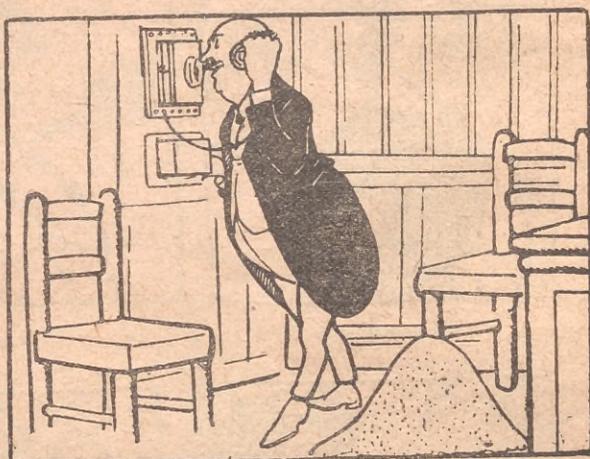
El abonado después de haber llamado inútilmente durante media hora, tendrá la satisfacción de ver á su verdugo, lanzarle miradas de furor, palabras de indignación y aun groseras, sin temor de ser denunciado.



Al cabo de una hora, podrá echarse encima de ella, pisotearla, arrancarle los pelos, romperle los brazos, piernas, sacarle los ojos. Así el tiempo le parecerá menos largo.



Después de dos horas de suplicio podrá quemarle con cerillas de la Arrendataria, para que el fuego sea más lento.



Así al cabo de tres horas, se apaciguará la cólera, volverá la calma y contestará con la mayor galantería á la señorita encargada del servicio y las buenas relaciones entre el abonado y la Compañía se mantendrán cordialísimas.

Y para probar su energía, de un golpe rompió una regla.

\*\*\*

Cada día, al llegar D. Plácido era saludado con gritos é interrogaciones irónicas, á lo que contestaba que no quería ni necesitaba consejos de nadie.

—Pero ¿qué esperas?—le decía uno.

—¡El retiro!—contestaba otro compañero.

D. Plácido, les dirigía una mirada desdeñosa sin contestarles.

—¿Me preguntan ustedes qué espero? ¿No lo saben? ¿Quieren saberlo?

—Sí.

—¡Pues bien! Espero un...

Hubo un segundo de ansiedad.

—Espero un traje,—contestó D. Plácido.—Para presentarme ante nuestro director me hago hacer un traje.

Compacta carcajada brotó al unisono en la concurrencia, que le trató de embustero y otros calificativos. Pero

al día siguiente nadie trató de reírse ni burlarse. D. Plácido compareció vestido con una elegante y flamante levita y con el aspecto grave y solemne. D. Plácido tuvo el triunfo modesto. Dueño de sí mismo explicó su plan. ¡Defendería su causa y la de sus colegas!

No se hacía justicia y manifestaría el director de la compañía, que la equidad se imponía.

Hicieron una ovación al orador.

Ese día D. Plácido salió, saludado y acompañado de la general consideración.

Aunque caminaba tieso, la cabeza alta y orgulloso de su misión, D. Plácido se repetía mentalmente el discurso que iba á colocar al director.

—Excuse el señor director mi temeridad, y crea que me desespera hacerle perder algunos minutos en su tiempo precioso...

Sospechando que súbita emoción le haría perder parte del discurso, tuvo la precaución de escribirlo y aprenderse al pie de la letra. Y estaba más que satisfecho de su exordio.



# GRAMATICA



El presente.



El pasado.



El futuro.



Conjugación: -Yo te amo.



Tú me amas.



Ellos se aman  
(a despecho de la suegra).



El apóstrofa.



El punto final.



El paréntesis.

# ARITMETICA



Regla de tres.



Regla de aligación.



Regla de Interés.



Adición (ó 1 y 1 hacen 3).

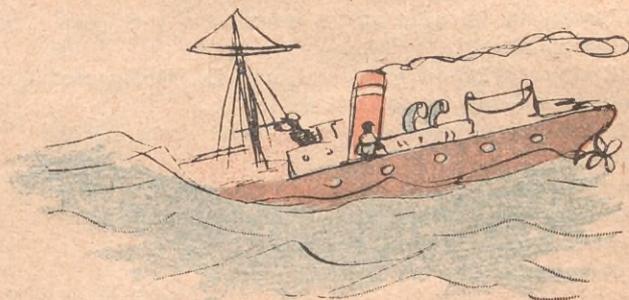
sustracción.



multiplicación.



División (con la aplicación de la regla).



## PROBLEMA

Dado un navio de 85 m., con una velocidad de 7,000 nudos, con cargamento de aceite y á bordo tres pasajeros, hallar la edad del capitán.



Pesos... y medidas

El litro, el  $\frac{1}{2}$  y el  $\frac{1}{4}$  litro

El decálitro

El kilómetro

La onza de oro

El perro chico

Se encontró delante del gran edificio, rico y severo, que sobre la gran puerta lucía en caracteres dorados la siguiente inscripción:

*Dirección general de los caminos de hierro aéreos.*

D. Plácido tuvo un momento de duda. ¿Era la hora á propósito para molestar al director?

Recordó á sus camaradas que en él pusieron todas las esperanzas, pensó en el aumento que le habían prometido y no le habían dado... Y entró.

—¿El despacho del señor director?

—En el primero.

—Gracias.

Con el corazón palpitando subió la escalera.

Arriba un conserje se paseaba con las manos cogidas por detrás.

—¿Está visible el señor director?

El ujier miró de arriba abajo á D. Plácido.

—Voy á ver.

Y se alejó con paso acompasado.

D. Plácido, aprovechó este momento para repetirse e discurso.

¿Era la emoción ó su memoria que le hacían olvidar ó equivocarse los principales puntos del discurso? ¡Misterio!

El caso era que olvidaba siempre la frase tan cuidadosamente elaborada.

Por otro lado recordaba continuamente que el director tenía fama de irascible y poco benévolo... ¿Y cómo le juzgaría si empezaba á balancearse é interrumpirse?

Recordó la frase de su colega y amigo que le dijo:

—Frente á un ingeniero ya no sabrías que decirle.

Un sudor frío inundaba su cuerpo.

La presencia del ujier que se aproximaba á él, puso en orden sus ideas.

—¿Recibe el señor director? —preguntó D. Plácido con la esperanza de que le contestarían que no.

—Le recibirá á usted en ¡un instante! —contestó el conserje.

Entonces D. Plácido se puso muy colorado, sofocado, pálido... de todos colores... apenas pudo balbucear.

—¡Ah!... ¡bien!... ¡volveré mañana!

Y desapareció.

J. F.

## LLEGAR Á TIEMPO

No recuerdo el nombre de la ciudad helénica donde aconteció la verdadera historia que voy á referir y cuya gracia estriba, toda, en una exclamación, en una frase.

Esto no extrañará á los lectores algo versados en historia, pues sabido es que, los griegos de todos los tiempos han sido maestros en *hacer frases*.

Las guerras médicas son buen testimonio de ello, pues tanto abundaron en frases felices como en victorias.

—Pega, pero escucha,—dijo Temístocles á Euríbiades y esta frase valió el triunfo naval de Salamina.

—Señor, ya tenemos encima á los enemigos,—dijo un soldado al heroico monarca espartano, Leonidas, viendo acercarse á los cien mil soldados persas, que iban á forzar el paso de las Termópilas.

—¡Imbécil! ¡Dí que los tenemos debajo! —repuso el rey.

—¡Son tantos que oscurecerán el sol con sus flechas!

—¡Mejor!... ¡Así pelearémos á la sombra!

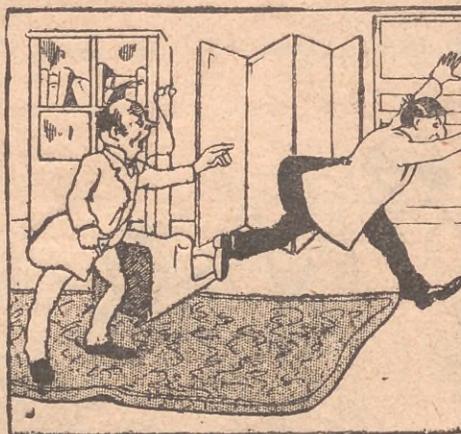
¡Notables palabras que precedieron á la titánica lucha de trescientos hombres contra cien mil!

—¡A enemigo que huye, puente de plata!—dijo otro caudillo ilustre, cuando, tras señalada victoria, le acon-

## INTEGRO Á PESAR SUYO



—Señor encargado de la comisión de investigaciones, vengo en nombre de la Sociedad de las Cajas sin fondos á ofrecerle 100.000 duros, por si quiere usted hacer un dictamen favorable.



*El diputado.* —¡Qué dice usted! ¡100 000 duros, á mi, á un elegido por el pueblo! ¡Es una indignidad! ¡Salga usted de aquí miserable!



—¡Dios mío! ¡Como me he precipitado! Que sociedad de imbéciles, que me manda un delegado que se marcha antes que haya yo concluido de hablar.

seaban que destruyese los puentes, para cortar la retirada á los invasores de la patria.

Sería larga la enumeración de las memorables frases que, por entonces, se pronunciaron, pero bastan las citadas para demostrar la felicidad del ingenio griego.

Pues bien, no hace mucho tiempo, un comerciante del mismo país, pronunció otra, digna de parangonarse con las anteriores, bien que no se trataba de hechos tan heroicos y transcendentales como los citados.

El motivo de que, nuestro hombre, lanzara la frase en cuestión constituye la sencilla historia que, como he dicho, paso á referir.

\* \* \*

El comerciante mencionado tenía dos hijas, las dos, á cual más hermosas y, sabido es que, el tipo femenino, grie-

clientela, con cuyo plausible motivo, acordó establecerse allí.

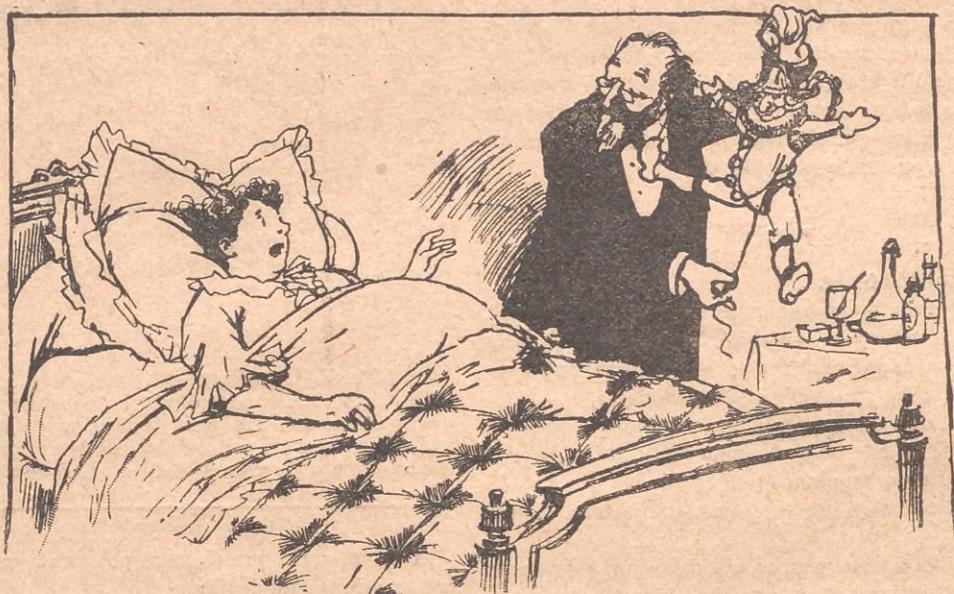
\* \* \*

Un año hacía que, la feliz pareja disfrutaba de las dulzuras matrimoniales, sin contratiempo alguno, cuando he aquí que, el ilustre galeno, recibió una invitación para asistir á un Congreso médico que debía celebrarse en París, con el fin de descubrir el microbio del bolsillo, que estaba causando numerosos estragos entre los habitantes de la vecina república.

La joven desposada estaba en meses mayores, y, con gran pesar suyo, no pudo acompañar á su marido.

Verdad es que, éste, prometió no tardar en volver.

Pero más verdad es, todavía, que no cumplió su promesa.



### PARA ALIVIAR A LOS ENFERMOS

*El doctor.*—¡Vea usted señora, aquí está! ¿Se encuentra usted mejor?

go, cuando es bello, constituye el colmo de la hermosura.

Nuestro hombre, como todos los padres que tienen hijas, deseaba casarlas y casarlas bien.

Y se salió, á medias, con la suya.

Digo á medias porque, de las dos hijas, logró casar una.

Cierto médico francés que, en sus ratos de ocio se dedicaba á la arqueología, fué á la ciudad en cuestión y, sino descubrió ninguna antigua diosa de mármol, hallóse con una de las hijas del comerciante, verdadera diosa de carne y hueso y se casó con ella.

El médico era hombre de talento y se dijo:

—Entre la ilusión y la realidad, la elección no es dudosa.

Y optando por la segunda, pidió y obtuvo con mil amores, ¡ya lo creo! la mano de la bella, amén de una buena dote.

Nuestro sabio galeno, encontró delicioso el clima de aquel país y, lo que es más delicioso todavía, una buena

En vez del médico, lo que llegaba eran cartas, llenas de frases cariñosas; pero, en todas, había párrafos como los siguientes:

«Estamos buscando el microbio, por todas partes y no parece.»

«Ahora dice un sabio ruso que, el microbio tiene su foco, principal, establecido en la calle de Breda.»

«La epidemia se propaga de una manera asombrosa... ¡Imposible volver!»

«Ayer se encontró, por fin, un ejemplar del microbio y, en examen al microscopio dió motivo á una acalorada discusión, pues, unos sostienen que posee ciento catorce patas de una milésima de milímetro y, otros, afirman que, las patas, son ciento diez y seis y, el tamaño, la citada milésima, menos una décima. Hasta no aclarar este punto, no puede seguirse adelante.»

Hay quien afirma que, el microbio en cuestión era mucho mayor, que, en vez de tanta pata, no tenía más que dos pies y que, uno de los atacados benignamente de la epidemia, era el propio doctor.

Pero prescindamos de afirmaciones no comprobadas, porque yo nada de eso vi, (verdad es que estaba á quinientas leguas de distancia), y sigamos adelante.

En ausencia del médico, habian ocurrido dos sucesos, á cual más tristes.

La hermana de la casada, la otra preciosa joven griega, habia ido demerorándose, demerorándose...

Sin duda padecía alguna grave enfermedad y, el desenlace de ésta, fué tan funesto que llevó á la tumba á la desgraciada joven.

Su padre, que la amaba extraordinariamente, sintió mucho aquel terrible golpe.

Esto no tiene nada de particular.

Participóse la desgracia al cuñado de la difunta y recibió una sentida carta de éste, dando el pésame á la familia y ofreciendo volver... en cuanto se hubiese terminado el Congreso médico.

Pero he aquí que, la atribulada familia, tuvo pronto nuevos motivos de alarma.

¡La casada languidecía también, también se desmejoraba de una manera visible é inquietante!

El padre cogió la pluma y escribió una carta á su yerno, diciéndole lo que pasaba y dándole á entender que era locura ir á apagar el fuego de la casa del vecino, cuando, la casa propia, está ardiendo.

\* \* \*

La misiva surtió efecto.

El médico volvió apresuradamente á la casa conyugal, abandonándolo todo y se consagró á cuidar de su esposa con tal celo que, la joven, á las pocas semanas, habia recobrado ya los colores, la alegría, la salud.

Aquello fué una resurrección, un verdadero milagro.

El suegro del galeno no pudo menos de decir á éste:

—¡Cuán grande es tu ciencia!

—¡Bah!—repuso el yerno.—¡Poco mérito tiene lo que he hecho!

Y explicó á su suegro que se trataba simplemente de que, las caricias conyugales son necesarias á las mujeres jóvenes que, cuando se ven privadas de ellas, languidecen y mueren.

—¡Ah!—murmuró el anciano.—¡Entonces ya comprendo de que murió mi otra hija!



Paulino Rodriguez gusta mucho de la compañía del bello sexo y ha encontrado un medio para prolongar sus conversaciones. La parte superior de su sombrero de copa es un espejo que coloca de modo que está en frente de la dama, con gran satisfacción de ésta.

Y en un arranque de amor paternal, exclamó sin darse cuenta de lo que decía:

—¡De saberlo, yo, á tiempo, no se hubiera muerto mi otra hija... aún cuando, yo mismo, hubiera tenido que proporcionarle la medicina!

E. F.



—Es como cuando los diputados están de vacaciones.  
—Entonces es cuando prestan mayores servicios al país.

## CANTARES

Eres perla de las perlas,  
lucero de los luceros,  
eres palma de las palmas,  
salero de los saleros.

El amor que te tengo  
parece sombra,  
mientras más apartado,  
más cuerpo toma.

Y de esta forma,  
mientras más te retiras,  
más me enamoras.

Buena copla es la que deja  
al que la canta ó escucha,  
en el corazón consuelo,  
y en los labios amargura.

# CARMEN

POR

PROSPERO MERIMEE

(CONTINUACIÓN)

»Nada respondí, y estaba ya en la calle cuando oía todavía al inglés, que me gritaba:

»—¡Traiga osté maquila mañana!

»Y oía las risotadas de Carmen.

»Salí no sabiendo lo que hacía; no dormí casi, y por la mañana concentrábame montado en tanta cólera contra la traidora, que había resuelto partir de Gibraltar sin volverla á ver; pero al primer redoble de tambor abandoné todo mi coraje; tomé mi cesto de naranjas y corrí á casa de Carmen. Las persianas estaban entreabiertas y vi sus grandes ojos negros que me acechaban. El criado empolvado me introdujo al momento; Carmen le dió un encargo, y así que estuvimos solos soltó una de sus carcajadas de cocodrilo y se arrojó á mi cuello. No la había visto nunca tan hermosa. Adornada como una Virgen, perfumada... muebles de seda, cortinajes bordados... ¡ah!... y yo me portaba como un ladrón, tal como era.

»—¡Minchorro!—decía Carmen.—Me dan ganas de romper todo esto, pegar fuego á la casa y huir á la sierra.

»Y qué ternezas! ¡Y después qué risas!... Y bailaba, y rasgábase los falbalaes. Nunca hubo mono que hiciese más cabriolas, muecas ni diabluras. Cuando volvió á ponerse seria.

»—Oye,—me dijo,—se trata de Egipto. Quiero que me lleve á Ronda, donde tengo una hermana monja... (Aquí nuevas risotadas). Pasaremos por un sitio que ya te mandaré decir. Caéis sobre él y le afeitáis. Lo mejor sería despacharle; pero,—añadió con una sonrisa diabólica que tenía en ciertos momentos, y aquella sonrisa nadie tenía entonces ganas de imitarla,—¿sabes lo que habría que hacer? Que *el Tuerto* se adelantase el primero. Teneos vosotros algo detrás; el cangrejo es valiente y diestro; tiene buenas pistolas... ¿Comprendes?

»Carmen se detuvo, con una nueva carcajada que me hizo estremecer.

»—No,—le dije,—aborrezco á García, pero es mi camarada. Quizás algún día te desembarazaré de él; pero arreglaremos nuestras cuentas á la manera de mi país. No soy gitano sino por casualidad, y para ciertas cosas seré siempre un navarro fino, como dice el refrán.

»—¡Eres un animal,—repuso ella,—un necio, un verdadero *payo!* Eres como el enano que se cree grande cuando ha podido escupir lejos (1). No me quieres: vete.

»Cuando ella me decía: «Vete», no podía yo irme. Prometí partir, volver al lado de mis camaradas y esperar al inglés. Por su parte, prometióme estar enferma hasta el momento de salir de Gibraltar para Ronda. Permanecí aún dos días más allí. Ella tuvo la osadía de venir á verme, disfrazada, en mi posada. Partí: también yo tenía mi plan. Volví á nuestro punto de cita sabiendo el sitio y la hora á que debían pasar el inglés y Carmen. Encontré al Dancaire y García que me esperaban. Pasamos la noche en un bosque, al rededor de un fuego de piñas que ardía que era un gusto. Propuse á García á jugar á car-

tas. Aceptó. A la segunda partida díjeme que era un folleto y se echó á reír. Arrojele los naipes á la cara. Quiso coger el trabuco; puse el pie encima y le dije:

»—Dicen que sabes jugar á la navaja como el mejor jaque de Málaga. ¿Quieres probarlo conmigo?

»El Dancaire quiso separarnos. Yo le había dado dos ó tres puñetazos á García. La cólera le había vuelto valiente; sacó su navaja y yo la mía. Dijimosle los dos al Dancaire que nos dejase el campo libre y jugar limpio. Vió que no había medio de contenernos y se apartó. García estaba ya agachado, en acecho, como un gato pronto á lanzarse contra un ratón. Tenía su calañés en la mano izquierda, para parar; la navaja adelante. Es como se ponen en guardia los andaluces. Yo me puse á la navarra, derecho enfrente de él, levantado el brazo izquierdo, la pierna izquierda hacia adelante, la navaja á lo largo del muslo derecho. Sentíame más fuerte que un gigante. Lanzóse sobre mi como una flecha; volvíme sobre el pie izquierdo y no encontré ya nada delante de sí; pero yo le alcancé en el cuello, y la navaja entró tan hondo que mi mano quedó bajo su barbilla. Revolví la hoja con tanta fuerza que se rompió. Estaba acabado. La hoja salió de la herida, lanzada por un borbotón de sangre grueso como un brazo. Cayó de brúces, tieso como un poste.

»—¡Qué has hecho!—me dijo el Dancaire.

»—Oye,—le dije,—no podíamos vivir juntos. Quiero á Carmen y quiero ser solo. Por otra parte, García era un tunante y me acuerdo bien de lo que le hizo al pobre *Remendado*. No somos ya más que dos, pero somos gente formal. Vaya: ¿me quieres por amigo, en vida y muerte?

»El Dancaire me alargó la mano. Era hombre de unos cincuenta años.

»—¡Al diablo los amoríos!—exclamó.—Si le hubieses pedido á Carmen te la hubiera vendido por un peso. No somos más que dos: ¿cómo vamos á hacerlo mañana?

»—Déjame hacerlo todo solo,—le respondí.—Me burlo yo ahora del mundo entero.

»Enterramos á García y fuimos á plantar nuestro campo á doscientos pasos de allí. Al día siguiente Carmen y su inglés pasaron con dos acemileros y un criado. Yo le dije al Dancaire:

»—Me encargo del inglés. Espanta á los otros: no van armados. El inglés tenía alma. Si Carmen no le hubiese dado en el brazo me mataba. En una palabra: volví á conquistar á Carmen aquel día, y mi primera palabra fué decirle que era viuda. Cuando supo como había pasado la cosa,

»—Siempre serás un *lipendi*,—me dijo,—García debía matarte. Tu quite á la navarra no es más que una sandez, y á otros más diestros que tú ha mandado al otro mundo. Es que había llegado su día. Ya vendrá el tuyo.

»—Y el tuyo,—respondí,—si no eres para mí una verdadera romí.

»—Que me place,—dijo ella.—Más de una vez he visto en los bagazos de café que debíamos acabar juntos. ¡Bah! ¡Salga el sol por Antequera!

»Y repicó las castañuelas, cosa que hacía siempre que quería desechar alguna idea importuna.

»Cualquiera se distrae cuando habla de sí. Todos esos pormenores le aburren á usted, sin duda; pero pronto habré acabado. La vida que llevábamos duró por un tiempo bastante largo. El Dancaire y yo nos habíamos asociado algunos camaradas más seguros que los primeros y nos ocupábamos en contrabando, si bien á veces, hay que confesarlo, salíamos al camino real, pero esto tan sólo en último extremo y cuando no podíamos pasar por otra cosa.

(1) Or *esorjié de or narsichlé, sin chismar lachinguel*, proverbio gitano. Las hazañas de un enano son escupir lejos.

Hay que decir también que no maltratábamos a los viajeros y que nos limitábamos a quitarles el dinero. Durante algunos meses estuve contento de Carmen. Continuaba siéndonos útil para nuestras operaciones y nos avisaba los buenos golpes que podíamos dar. Estábase ya en Málaga, ya en Córdoba, ya en Granada; pero a una palabra mía lo dejaba todo y venía a encontrarme en cualquier venta aislada y hasta en el vivac. Una vez solamente, era en Málaga, dióme alguna inquietud. Supe que andaba en lios con un negociante muy rico, con el cual se proponía probablemente comenzar de nuevo la bromita de Gibraltar. A pesar de todo lo que me dijo el Dancaire para detenerme, partí y entré en Málaga en pleno día. Busque a Carmen y me la llevé en seguida. Tuvimos una agria explicación.

»—¿Sabes,—me dijo,—que desde que eres mi rom de



veras te quiero menos que cuando eras mi minchorro? No me gusta que me atormenten, ni, sobre todo, que me manden. Lo que yo quiero es ser libre y hacer lo que me dé la gana. Y cuidado con apurarme. Si me fastidias, ya encontraré algún guapo mozo que hará contigo lo que hiciste con el Tuerto.

»El Dancaire nos puso en paz; pero nos habíamos dicho cosas que nos habían llegado al corazón y no éramos ya como antes. Poco después nos acaeció una desgracia. Sorprendiéndonos la tropa; el Dancaire quedó muerto, lo mismo que dos de mis camaradas, y otros dos fueron aprehendidos. Yo salí gravemente herido, y sin mi buen caballo hubiera caído en manos de los soldados. Extenuado de fatiga, y con una bala en el cuerpo, fui a ocultarme en un bosque con el único compañero que me quedaba. Desmayéme al bajar de caballo y creí que iba a reventar en los brezos como una liebre que ha recibido un perdigonazo. Mi camarada me llevó a una cueva que sabíamos y después fué a buscar a Carmen. Estaba en Granada y acudió al instante. Durante quince días no me abandonó un solo momento. No cerraba los ojos y me cuidó con una destreza y atenciones tales como jamás ninguna mujer las haya tenido con el hombre más amado. Así que pude tenerme en pie me llevó a Granada con el mayor secreto. Los gitanos encuentran en todas partes asilos seguros, y pasé más de seis semanas en una casa, dos puertas más abajo del corregidor que me buscaba. Más de una vez, mirando por detrás de los postigos, le ví pasar. Por fin, me puse bueno; pero yo había hecho mis reflexiones mientras estuve en cama sufriendo, y proyectaba cambiar de vida. Hablé a Carmen de abandonar España y de tratar de vivir honradamente en América. Burlóse de mí.

»—No hemos nacido para plantar coles,—me dijo;—

nuestro destino es vivir a costa de los payos. Mira: que arreglado ya un negocio con Nathan-ben-Josef de Gibraltar. Hay cotonadas que no esperan más que tú vayas para pasar. Sabe que estás vivo. Cuenta contigo. ¿Qué dirían nuestros corresponsales de Gibraltar si les faltases a la palabra?

»Dejéme arrastrar y volví a emprender mi desdichado comercio.

»Mientras permanecí oculto en Granada hubo corridas de toros a las cuales fué Carmen. Al volver habló mucho de un picador llamado Lucas. Sabía el nombre de su caballo y cuánto le costaba su chaqueta bordada. No paré atención en ello. Juanito, el camarada que me había quedado, díjome al cabo de algunos días que había visto a Carmen con Lucas en una tienda del Zacatín. Esto comenzó a alarmarme. Pregunté a Carmen cómo y por qué había trabado conocimiento con el picador.

»—Es un mozo,—me dijo,—con quien se puede hacer negocio. Río que mete ruido lleva agua ó guijarros (1). Ha ganado sesenta pesos en las corridas. De las dos cosas una: ó hay que tener ese dinero, ó bien, como es buen jinete y tiene muchas agallas, se le puede alistar en la partida. Han muerto aquél y el otro y tienes necesidad de reemplazarlos. Llévelo contigo.

»—No quiero,—respondí,—ni su dinero ni su persona, y te prohibo que le hables.

»—¡Anda con cuidado!—me dijo ella.—Cuando me desafían a que haga una cosa, pronto queda hecha.

»Por dicha, el picador marchó a Málaga y yo contraí la obligación de hacer entrar las cotonadas del judío. Díome mucho que hacer aquel alijo, y también a Carmen y olvidéme de Lucas. Quizás también lo olvidó ella, de momento cuando menos. Por entonces fué, señor, cuando le encontré a usted, primeramente cerca de Montilla y después en Córdoba. Quizás sepa usted más que yo sobre este particular. Carmen le robó a usted el reloj; quería también el dinero y, sobre todo, esta sortija que veo en su dedo de usted, y que, según decía ella, era un anillo mágico que le importaba mucho poseer. Tuvimos una violenta disputa y la pegué. Ella palideció y lloró. Era la primera vez que la veía llorar, y esto me hizo un efecto terrible. Pedile perdón, pero estuvo de murria todo el día y cuando volví a partir para Montilla no quiso darme un beso. Hallábame muy apesadumbrado, cuando tres días después vino a encontrarme con el aire risueño y alegre como unas pascuas. Todo quedaba olvidado y parecíamos novios de dos días. En el momento de separarnos, me dijo:

»—Hay feria en Córdoba. Voy allí y después sabré decirte la gente que se va con dinero.

»La dejé partir. Ya a solas, pensé en esta feria y en el cambio de humor de Carmen.

»—Menester es que se haya vengado ya,—me dije,—puesto que ha venido primero.

»Un gañán me dijo que había toros en Córdoba. Hé ahí mi sangre que hierve, y, como un loco, parto y me voy a la plaza. Enseñáronme a Lucas y en la contrabarrera distinguí a Carmen. Bastóme verla un minuto para no caberme duda de nada. Lucas, en el primer toro, hizo el corazón fuerte, como había yo previsto. Arrancó la divisa del bicho y se la trajo a Carmen, que se la puso en seguida en la cabeza.

(1) Len sos sonsi abela  
pani o reblendani terela.—(Proverbio gitano.)

(Se continuará).



## DE TODO UN POCO

### DEL AMOR

Los celos groseros son la desconfianza del objeto amado; los celos delicados son la desconfianza de sí mismo.

En amor, casi tantos inconvenientes tiene la credulidad como la incredulidad.

En nuestra juventud, vivimos para amar; en edad más avanzada, amamos para vivir.

Las pérdidas que yo tenga, como sean por tu causa, sabe Dios y todo el mundo que para mí son ganancias.

Hay personas á quienes el miedo de tener miedo hace agresivas.

Guarda, avaro, tu dinero; sufre tú, y lucirá tu heredero.

En un corro:  
—He visto dar un puntapié á un alto personaje, —dice uno.

—Pues yo he visto,—replica un andaluz,—dar á un personaje un alto puntapié.

—¿Cómo?

—En la cara.

Mucho sabría, en verdad, si supiera la razón dónde acaba la ilusión y empieza la realidad.

**MADRID.**—Encargado de la venta: José Lerin, Abada, 22.

**VALENCIA.**—Vicente Pastor. Victoria, 11, principal.

## Correspondencia: Apartado de Correos, 88

### BIBLIOTECA ROSA

*La comedianta*, por Paul de Molenes.  
*Drama de amor*, por Federico Soulié.  
*Las ánimas del purgatorio*, por Próspero Merimee.  
*Pecados de la juventud*, por V. Perceval.  
*Un drama sangriento* (2 tomos), por L. Jacolliot.  
*La justiciera de sí misma*, por Carlos Barbarrá.  
*Teresita* (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.  
*El capitán Burle*, por Emilio Zola.  
*Las sendas de Dios*, por B. Bjornson.  
*El monstruo*, por Carlos Bodin.  
*Naida Micoulin*, por Emilio Zola.  
*El sillon fatal*, por Pedro Newsky.  
*Un crimen infame*, por Enrique Murger.  
*Noche trágica*, por E. Daudet.  
*Sidonie y Mederloo*, por Emilio Zola.  
*La pie de león*, por Carlos de Bernard.  
*El amor de una muerta*, por Aureliano Scholl.  
*La voluntad de una muerta*, por Emilio Zola.  
*El fin de Lucia Pellegrin*, por Paul Alexis.  
*Santiago Damour*, por Emilio Zola.

*La fiesta de Coqueville*, por Emilio Zola.  
*El secreto del cadalso*, por Villiers de L'Isle-Adam.  
*Sin trabajo*, por Emilio Zola.  
*Los sufrimientos de un húsar* (ilustrada), por Paul de Molenes.  
*El maestro de escuela*, por Federico Soulié.  
*La inocencia de un presidiario*, por Carlos de Bernard.  
*La venganza de Koshah*, por Reinaldo Trevelyan.  
*Diario de una mujer*, por Octavio Feuillet.  
*Un sueño de amor*, por Federico Soulié.  
*La mujer de cuarenta años*, por Carlos Bernard.  
*La joven de los ojos de oro*, por H. de Balzac.  
*La herencia de un cómico*, por Ponson du Terrail.

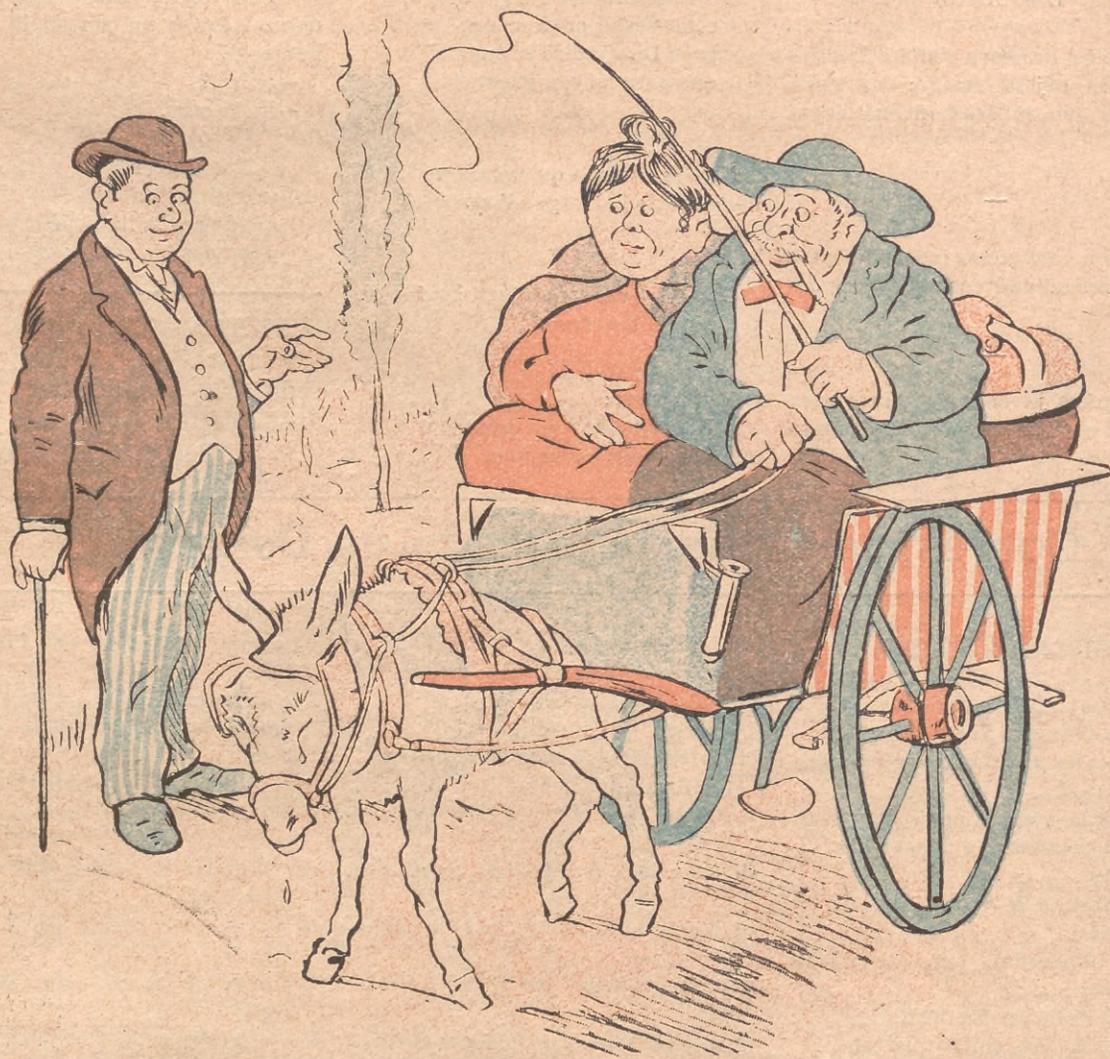
### BIBLIOTECA AZUL

*El tesoro del plata*, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.  
*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Barbarrá.

*Magdalena la Mendiga*, por Luis Jacolliot.  
*Bajo un disfraz*, por Jorge Smith.  
*El crimen del Molino de Usor*, por Luis Jacolliot.  
*Orso*, por Enrique Syenkiewicz.  
*El Hijo Maldito*, por Honorato de Balzac.  
*Las lágrimas de Juana*, por Arsenio Houssaye.  
*La necesidad del crimen*, por Julio Perrin.  
*Una orgía de sangre*, por Aureliano Vigny.  
*Los caballeros de la Cruz*, por Enrique Syenkiewicz.  
*El secreto terrible*, por Adolfo Belot.  
*Solos*, por Pedro Zaccane.  
*La Salamandra*, por Eugenio Sué.  
*El crimen de Juan Malory*, por Ernesto Daudet.  
*La reina Mab*, por Guillermo Holiday.  
*El novio de la señorita Saint-Maur*, por Victor Cherbullez.

Para pedidos, dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas: Plaza de Tetuán, 26, Barcelona.





—Seguramente ese asno debe estar enfermo.  
—Por eso hemos querido darle un día de campo, porque esto le sentará bien.